

La labor social de la Iglesia en su historia¹

Juan María Laboa
Catedrático Emérito
de la Universidad Pontificia Comillas

1. Por sus frutos los conoceréis

Durante mis cuarenta años de enseñanza de Historia de la Iglesia he sido consciente de que dedicábamos demasiado espacio a los personajes, a los avatares circunstanciales, a las instituciones eclesíásticas y, sorprendentemente, poca atención al alma, a la savia vital que recorre y alimenta la existencia de los cristianos y del cristianismo, es decir, a la vida de la gracia, al amor y la ternura de Dios por el género humano y al amor de los hombres a Dios, a la caridad viva entre los creyentes. Probablemente, no insistimos en este tema fundamental porque es mucho más difícil de observar y de historiar. Por esta razón, tras varios libros dedicados a la historia convencional, he decidido escribir una historia de la caridad, del amor de Dios a sus criaturas y de estas a Dios y entre sí (“Por sus frutos los conoceréis. Historia de la caridad en la Iglesia”. Editorial San Pablo. Madrid 2011), en el que intento centrarme en ese espíritu vital del cristianismo, en el elemento vivificador que alimenta la vida y el espíritu de los cristianos. Una manera de enfocar la historia del cristianismo centrada en su núcleo vivificador.

La historia del cristianismo es la historia de las relaciones de Dios con el género humano y de los creyentes entre sí. “Dios es amor” es la única definición

¹ Texto de la conferencia pronunciada en el seminario de Las Palmas durante el congreso dedicado a la labor social de la Iglesia en su historia.

de Dios existente en el Nuevo Testamento, mientras que las afirmaciones “en esto conocerán que sois mis discípulos” y “mirad cómo se aman” constituyen la descripción clásica de cómo eran y cómo se relacionaban los cristianos. Toda historia de los cristianos debiera tener como centro inspirador y descriptor la práctica del mandato del amor, porque es ese mandato el núcleo de la enseñanza de Jesús, hasta el punto de que todo el resto es pura puntilla. En este sentido, la historia de la caridad y de la acción social nunca puede reducirse a actos de generosidad sino que debe estar integrada en el amor del Padre y de sus hijos.

Por otra parte, en nuestros días, resulta más imprescindible que nunca insistir en la ternura de Dios, en el amor que debe unirnos a los cristianos y en su generosa entrega al bien de los demás. La historia de la Iglesia, a menudo, no nos entusiasma y nos decepciona, pero el amor y la bondad manifestada en tantas ocasiones en la vida de tantos cristianos, confirman nuestra fe y nos reconforta.

Esta es la finalidad de estas palabras, recordar acciones e historias que demuestran este talante de los cristianos a lo largo de su historia y reflexionar sobre todo lo que se ha conseguido en ese complejo caminar de sus comunidades, y, también, constatar cómo, a veces, se ha actuado en contra del mandato del Maestro.

Jesús anunció a sus discípulos que serían conocidos por sus frutos y poco a poco les fue señalando con precisión la naturaleza de estos frutos. “Amad los unos a los otros”, “Actuad con los demás como queréis que ellos actúen con vosotros”, “los últimos serán los primeros”, perdonad setenta veces siete”, “amad a vuestros enemigos”. Estos principios constituyen los principios de actuación, de identidad y de referencia de los discípulos de un Maestro que dio la vida por ellos y por nosotros. Con ellos podríamos elaborar una historia desconcertante, rompedora y apasionante. De hecho, al anunciarles que Dios era nuestro Padre les dio a entender que todos éramos hermanos, de forma que nuestra vida y nuestra Iglesia debía manifestar esta realidad con todas sus consecuencias.

La Iglesia, las diócesis, las parroquias, debieran ser un espacio de comunión, de convivencia, de solidaridad, de alegría compartida por los creyentes, por las comunidades cristianas. Cuando los cristianos viven y experimentan su fraternidad y son capaces de manifestar y extender su atención a todos los seres humanos, sobre todo, los más débiles, es entonces cuando somos capaces de descubrir el auténtico sentido de la paternidad de Dios y nos sentimos con alegría

ser sus hijos. La historia de nuestras comunidades a lo largo de veinte siglos nos enseña que el amor a Dios ha sido vivido silenciosa y eficazmente en innumerables cristianos anónimos, que han conseguido que sus vecinos sintieran la cercanía de Dios y experimentaran la generosidad de los creyentes. El prestigio y la atracción que ejerce la Iglesia nunca es fruto de su grandeza, de su poder o de su capacidad de convocatoria, sino de su entrega y de su generosidad, nunca es fruto de la elocuencia de sus palabras sino de su capacidad de demostrar con su vida que Dios nos ama. El testimonio y la coherencia de vida personales han constituido y constituyen en nuestros días el signo más elocuente de que amamos a Dios.

2. Función samaritana del cristiano

La Iglesia se presenta en el mundo con su palabra y con su capacidad de acoger a cuantos se le acercan y de vivir con ellos la fraternidad universal. Su anuncio se compone siempre de palabras y obras, recordando así la práctica y la compasión manifestada por Jesús cuando nos vio como ovejas sin pastor. Los cristianos de Roma y de otras comunidades importantes, desde los primeros años de existencia realizaban colectas para ayudar a los más necesitados. Se trata de una tradición ininterrumpida que se repite hoy en nuestras parroquias.

La función de diaconía, de servicio, constituye una función eclesial congénita, siguiendo la afirmación de su Señor: “no he venido a ser servido sino a servir”. Los diáconos aparecen ya en las primeras páginas de los Hechos de los Apóstoles y, en las primeras comunidades, las viudas, los huérfanos, los enfermos, los prisioneros y los pobres, en general, constituyen una de sus primeras preocupaciones, pero, en realidad, todo cristiano debe considerarse diácono de su hermano.

Jesús se presenta como verdad y vida: no se puede separar su doctrina de su amor y cercanía por los ciegos, los cojos, los que sufren y los mansos de espíritu. Fieles a esta realidad, el proceso de clarificación de su identidad por parte de los primeros cristianos fue marcado por la caridad fraterna, la ayuda mutua, su vigoroso sentido de filiación de un Padre común.

Con Constantino, como reconocimiento de cuanto ya sucedía, la Iglesia recibió la supervisión de buena parte de la acción social pública. Miles de personas en las grandes ciudades dependían de las organizaciones diocesanas y

parroquiales. Julián el Apóstata odió a los cristianos, pero exigió al sumo sacerdote pagano copiar la organización caritativa cristiana, porque, de otra manera, no serían capaces los paganos de atraer a la gente. Hasta nuestros días, una parte importante de la acción social en el mundo occidental ha sido realizada por las instituciones cristianas.

La lógica del servicio es propia del discípulo de Jesús. Nosotros, sin darnos cuenta, reducimos el concepto de caridad a la asistencia, pero, evidentemente, es mucho más. La caridad se refiere al hombre, cuya dignidad personal es promovida por Dios al tenerle amorosamente en cuenta en cada una de sus actuaciones, y a las instituciones, comenzando por la Iglesia, que sin caridad se convierte en una inmensa tramoya que se agita sin moverse, que barbotea sin anunciar nada que valga la pena. Es en este sentido como debemos entender la idea evangélica de que todo poder es servicio y el mandato de no actuar como funcionan en el mundo los poderosos, según su vanidad y sus intereses: “vosotros no así”.

Entre los documentos que recoge Helder Cámara en sus apasionantes documentos conciliares encuentro este que denomina Manifiesto de Camerún: “Estamos a favor del hombre, del hombre total. No del hombre amputado de su dimensión religiosa como en la ideología laicista; no del hombre amputado de su valor de persona, a favor de la masa, como en la ideología marxista; no del hombre considerado permanentemente como menor e irresponsable, como en el sistema colonialista; no del hombre macho que reconoce a la mujer solo el derecho de ser hermosa y de callarse; no del hombre medido según sus condecoraciones militares o el peso de su plata; no del hombre condicionado, prisionero, blindado, por su raza, su casta, su clase, su civilización, sus fronteras y su cultura. Sino por el hombre completo, cuerpo y alma, salido de las manos de Dios y destinado a volver a ellas junto a sus hermanos” (citado en L. Rétif, “Ye crois en l’homme”. Fayard. París 1962).

¡Qué hermosa hubiera sido nuestra historia si la hubiéramos centrado siempre en el hombre! Si el hombre, su bienestar y felicidad fueran la razón de ser de las leyes y de nuestras actuaciones. Si en la misma Iglesia, cada hombre concreto fuera el objetivo de toda su existencia. Para los creyentes, la persona humana es inviolable y de valor infinito, tanto por su origen, creado a “imagen de Dios” como por su redención gracias a la sangre de Cristo y por su vocación sobrenatural a la visión beatífica. Esto resulta incuestionable para los teólogos

cuando elaboran sus hermosas y etéreas teorías, pero muchas veces me pregunto si en la marcha real de nuestras comunidades clero y laicos actuamos en consecuencia. Siempre me ha impresionado el que Felicité de Lamennais pidiera ser enterrado en una fosa común para permanecer más cerca de los pobres.

En todos los casos, podemos afirmar que existe una misteriosa reciprocidad entre el misterio del hombre y el de Dios: hay que amar a Dios para amar al hombre y viceversa. Pablo VI, en su discurso de clausura del Vaticano II, afirmó: “Este concilio, cuyos trabajos y preocupaciones han sido consagrados principalmente al hombre, ¿no estará destinado a abrir de nuevo al mundo moderno las vías de una ascensión hacia la libertad y la verdadera dicha? ¿No ofrecerá, en el fondo, una enseñanza simple, nueva y solemne para aprender a amar al hombre con el fin de amar a Dios?”

Por el contrario, tantas veces, persiguiendo con palabras y, tal vez, sentimientos la mayor gloria de Dios, no hemos caído en la cuenta de que la gloria de Dios nunca se consigue a costa de la felicidad de los hermanos. De esta manera, quiero empezar afirmando que el amor a Dios es una palabra vacía y sin significado para quien no posee una habitación que merezca el nombre de casa, que carezca de verdadera alimentación, de verdadero vestido, de una mínima educación y acceso a un verdadero trabajo. No olvidemos que el hambre de los pueblos desnutridos no tiene que ver solo con los alimentos sino, también, con la dignidad, la responsabilidad y la libertad. Es casi imposible que se aspire al pan del cielo si se carece del pan capaz de solucionar las necesidades inmediatas. Quienes tenemos una cierta edad nos preguntamos si nuestra juventud y nuestros seminaristas son conscientes de que una punzante sensibilidad social forma parte del núcleo duro del ser cristiano.

Una pregunta que debe permanecer en nuestros labios cuando reflexionemos sobre los cristianos y su capacidad de amor es la de Dios a Caín: “¿Dónde está tu hermano?”, pregunta que se nos lanza a cada uno de nosotros a partir del Génesis, siempre que haya personas que sufren, que padecen hambre y sed, soledad y marginación, que vagan desnudas y abandonadas, marginadas o golpeadas. “La Biblia no separa nunca lo “religioso” de lo “social”, proclamó en la India, a la que dedicó su vida, el jesuita Pierre Ceyrac. Sin justicia, la religión es menos que nada: los sacrificios, las asambleas o las fiestas, los templos y los fastos son abominables”. A Dios le respondió un Caín ensangrentado: “No soy responsable de mi hermano”, pero ningún cristiano podría responder

así si quisiera mantenerse como tal, aunque tengamos que admitir que demasiado a menudo, cristianos profundamente piadosos apartan completamente de su vida a sus hermanos, aunque sienten a su mesa el día de Navidad a parte de su servicio.

3. Jesús, las personas y el dolor

Creo que resultaría revelador si en toda obra caritativa cristiana apareciera como su núcleo fundante a Jesús, al ser humano y al dolor existente en la humanidad. El misterio de Jesús inicia con la consideración de que él mismo fue un excluido, llevó una vida inestable y murió desacreditado, despreciado, humillado, ajusticiado entre dos ladrones. Pascal lo descubre con su radicalidad abrumadora: “Vive treinta años sin mostrarse, durante tres años es tenido como impostor, los sacerdotes y autoridades lo rechazan; finalmente muere, traicionado por uno de los suyos, renegado por otro de los suyos, abandonado por todos” (Pensamientos 636 B 792). Ha sido y es la piedra angular del mundo y de la Iglesia, pero ha hecho de los pobres los protagonistas y la savia de sus afirmaciones medulares y de la vida de la Iglesia. Esta historia de Jesús, los destinatarios reales de sus acciones, sus parábolas, deben permanecer en el centro de la vida eclesial y deben ser el eje de interpretación de su doctrina, que es la nuestra, y de nuestra identidad.

“Están como ovejas sin pastor” describió Jesús a cuantos le seguían, una expresión que indicaba preocupación, compasión y deseo de aliviar su situación. A lo largo de su vida, Jesús se muestra cercano a la gente, preocupado por solucionar sus problemas, por conseguir abrir sus horizontes y dispuesto a ofrecerles respuestas y contenidos a sus angustias. En la historia cristiana reciente nos encontramos con muchos ejemplos de creyentes que han orientado sus vidas con este sentido de cercanía, entrega y generosidad. Voy a recordar algunos de ellos.

Los hermanitos y hermanitas de Foucauld han tratado de ofrecer una vida cristiana a sus hermanos los hombres no desde el púlpito, la catequesis o la enseñanza, sino desde la cercanía, la convivencia, la amistad y el amor compartido. Están convencidos, siguiendo el ejemplo del beato Charles de Foucauld, de que si quieren seguir a Jesús y buscar el rostro de Dios, no pueden ponerse detrás del mundo, sino “ir a Nazaret”, donde está la gente. Es decir, no alejarse

del pueblo, sino acercarse y mezclarse con ellos. Podemos encontrar sus viviendas en los barrios más insólitos, más abandonados, más periféricos, mientras ellas y ellos trabajan en la vendimia o en los campos de Extremadura o limpiando suelos de oficinas o del Metro de la ciudad. Su fundador, al ordenarse, fue consciente de que debía dedicar su vida y su sacerdocio a los más abandonados, así han actuado sus seguidores. Su espiritualidad consiste en dejarse amar por Dios y buscar su rostro en la oración, en la vida de cada día y en el rostro de aquellos con quienes viven.

Los curas obreros, conscientes de que el mundo obrero había abandonado la Iglesia con el convencimiento de que esta les había abandonado antes, quisieron estar presentes entre los que sufrían, en comunión con los pobres, poniendo en práctica las palabras de Jesús: “los pobres son evangelizados”. Se juntó la angustia y la mala conciencia de una parte del clero al constatar el alejamiento de los obreros y, en general de las clases más pobres, con el deseo de revitalizar y cristianizar un pueblo que a lo largo de un siglo había ido abandonando la práctica religiosa y la pertenencia eclesial o, tal vez, había sido abandonado y descuidado por parte de una Iglesia demasiado preocupada por la pérdida de su status tradicional en la sociedad, por una Iglesia poco creativa y demasiado anclada en la rutina.

Tenemos que recordar a los obreros cristianos encuadrados en las Hermandades Obreras de Acción Católica (HOAC) y a los Jóvenes Obreros Católicos (JOC). Fueron capaces de hacer presente a Cristo en el trabajo, en las acciones reivindicativas, en los problemas y carencias sociales. Fue un testimonio de vida y de fraternidad con sus hermanos de trabajo. En los difíciles años sesenta y setenta fueron para muchos obreros la única cara amable y solidaria de la Iglesia que llegaba a ellos y fraternizaba con ellos. Hoy podríamos afirmar con convicción que la Transición española no hubiera resultado tan fácil y con el talante dialogante que la caracterizó sin esa convivencia solidaria entre los diversos grupos obreros.

La historia de Vicente de Paúl y de María Luisa de Marillac constituye una de las muchas respuestas cristianas a la acción del Maestro. El proyecto de religiosas de estos dos santos resulta revolucionario: vestirán y vivirán como la gente normal y dedicarán su vida a los más necesitados. Por su parte, los religiosos de la misión iniciarán un nuevo modo de apostolado, viviendo en los cam-

pos con los campesinos más pobres y abandonados por el apostolado, dando inicio a las misiones populares.

Estos y tantos otros que podríamos recordar, constituyen ejemplos de nuevas iniciativas para seguir al Maestro, permaneciendo cercanos e identificados con personas con grandes carencias materiales y espirituales. Los siglos XIX y XX han resultado dos siglos especialmente ricos en creatividad y generosidad, precisamente, porque los cristianos, tras siglos de vida protegida y apoyada, se han encontrado a la intemperie y el desamparo: Nace así la pastoral de las obras que pretende cubrir todas las necesidades existentes en las parroquias: escuelas de agricultura, bancos populares, prensa popular, círculos obreros, formación profesional, etc.

Todas las páginas de los evangelios transmiten la determinación del Señor de mitigar o suprimir el dolor: su simpatía por una madre que había perdido a su hija, la empatía con el centurión romano que intercede por su siervo, la curación de la hemorroisa, su preocupación por la muchedumbre hambrienta que le acompaña, su inmediata contestación a la súplica del conocido como el buen ladrón: “hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 24,43).

¿Cómo entender la historia cristiana sin tener en cuenta al franciscano Maximiliano Kolbe, que cambia su vida por la del padre de familia que va a ser ajusticiado en el campo de concentración, o a los sacerdotes y laicos que defienden a los indígenas en el Amazonas con peligro real de sus vidas? ¿No adquiere su verdadero sentido el fervor por la Virgen de Guadalupe y de otras advocaciones por parte de masas de indigentes que, viviendo en condiciones miserables, se dirigen a la Virgen como su verdadera madre y protectora?

Resulta, también, iluminadora la consideración del fenómeno religioso de Lourdes si lo consideramos en su profunda relación con el dolor humano y con la necesidad de unas condiciones de vida más justas y homogéneas.

En la vida de los cristianos encontramos todas las manifestaciones del carácter, generosidad y egoísmo del espíritu humano, pero resulta difícil encontrar en la historia de la humanidad tantas expresiones de amor y entrega por los demás como en las comunidades cristianas. Innumerables espacios de comunión surgidos al amparo de la fe en Jesús, muestras de generosidad sencilla o sublime por personas desconocidas o por grupos de voluntariado que ofrecían cuanto

tenían: su tiempo y su buena voluntad, con el fin de conseguir la eliminación de la pobreza.

Insisto, resulta imprescindible en nuestros días al presentar la historia de la Iglesia y, en este caso, la historia de la caridad, sin resaltar como fundamental la actuación de innumerables personas sin nombre, de los cristianos anónimos gracias a los cuales la historia humana ha sido más amable.

Tengamos en cuenta el nacimiento y el desarrollo del diaconado y de la práctica de las limosnas en la vida del cristianismo. Recordemos la historia de san Martín de Tours y la bella historia de su capa compartida con el pobre-Cristo. Resulta iluminador el desarrollo de las cofradías, hospederías y hospitales en los monasterios y en los caminos que surcaban Europa, en los cuales la predicación se complementaba con el testimonio personal. Recordemos, en este sentido, a santo Domingo de la Calzada y a san Lesmes. Una vida tremendamente dura durante siglos para gran parte de la población resultó más humana gracias a estas instituciones.

El dolor humano tiene mil orígenes y supura de tantas maneras que abarca cualquier aspecto de la vida: los enfermos, los abandonados de toda clase, los huérfanos, los separados, los que abortan, los pobres de solemnidad, los que dudan de Dios, los ciegos, quienes sufren las injusticias o están sometidos a prejuicios. Los hornos de gas de la Alemania Nazi, el genocidio de Camboya o de Ruanda, el asesinato de los jesuitas en el Salvador o del obispo Romero, los gulags de los comunistas, la miseria provocada por tantos capitalismo y tantos otros crímenes e injusticias como se perpetran permanentemente en el mundo, constituyen el dolor permanente de Cristo, la angustia de Dios provocada por la historia humana.

Una historia objetiva y seria del cristianismo, sin negar nada del horror provocado por los cristianos en tantas ocasiones, por ejemplo, las terribles crueldades en el Congo Belga de finales del s. XIX y principios del XX o en el Amazonas peruano y brasileño a principios del XX, tal como lo cuenta espléndidamente Vargas Llosa en su “Visiones del celta”, debe ser capaz de ofrecer, también, tantas páginas espléndidas de nuestra historia que manifiesten la generosidad de tantos cristianos que se han expuesto y han trabajado a favor de los más desfavorecidos.

¿Cómo olvidar en esta historia los mártires de los primeros siglos de la historia del cristianismo y, junto a ellos, en los dos últimos siglos, los miles de mártires por la caridad y por la justicia, en todos los continentes, en todas las circunstancias? Religiosas que han muerto al contaminarse en hospitales y casas particulares al cuidar a tantos enfermos de graves enfermedades contagiosas. Obispos como Óscar Arnulfo Romero, sacerdotes como Ellacuría y tantísimos otros que han sido asesinados por defender a los más débiles, a los más pobres, sometidos a situaciones de grave injusticia. Desde Bangladesh hasta innumerables poblados africanos o americanos encontraremos casos de laicos y religiosos que han ofrecido su vida para defender la de tantos que se encuentran en situaciones de opresión, abandono y miseria.

En efecto, siempre han existido en la Iglesia los diez justos que han mantenido activa la presencia de Cristo en el campo de los mártires y en las filas de quienes le han seguido. Nunca han faltado quienes se han convertido en combatientes a favor de los excluidos de este mundo, personas que se han armado de amor, esperanza y sabiduría, para enfrentarse a la ignorancia, el hambre y la exclusión. Ciertamente, ha estado presente el pecado del egoísmo y de los explotadores, pero nunca ha muerto del todo la gracia (Graham Green, “El poder y la gloria”. Luis Caralt. Barcelona 1957). Aunque, a menudo, nos olvidemos, la presencia del amor cristiano, en su sentido más amplio, es la historia del pueblo sencillo, sin nombre, pero presente en la vida de la gente. Ellos son los que consiguen que un mundo, a menudo inhóspito, pueda resultar acogedor y digno de ser vivido. Ellos son los verdaderos protagonistas de la historia de la caridad, aunque en los manuales apenas se los mencione.

Pensemos e introduzcamos en este marco las instituciones Caritas, Adveniat, Manos Unidas, los numerosos cristianos, comunidades e instituciones de creyentes que en actitud de disponibilidad dedican su tiempo y sus recursos a paliar las necesidades y dificultades de tanta gente. En los años de crisis que estamos viviendo, Cáritas española se ha convertido en la institución con más prestigio, más libre, más ágil y más capaz de gestionar los recursos que consigue tantos proyectos como constantemente organiza. En este tema quisiera añadir una reflexión que debe sensibilizarnos. A menudo, quienes reciben de Cáritas ayudas consistentes que les permiten vivir con cierta dignidad, no encuentran su sitio en la Iglesia, no se encuentran a gusto en las parroquias, no son visitados por los sacerdotes ni se sienten capaces de encontrarse o de ser aceptados por los demás miembros de la parroquia. No cabe duda de que en los dos últimos

siglos las ayudas sociales se han multiplicado, pero eso no quiere decir que, en todos los casos, los cristianos que dan su dinero consideran a los más pobres o marginales sus iguales, sus hermanos. Son caritativos pero no aman. Todo ser humano puede ser sensible y generoso, pero solo los cristianos consideran que Dios es su Padre y en el hermano encuentran a Cristo.

En este sentido, nos encontramos a menudo con cristianos que en el ámbito personal practican un cristianismo exigente, pero no se plantean el identificarse con cuantos resultan pequeños o despreciados, manifestando un individualismo insolidario que no tienen en cuenta un elemento esencial en la predicación de Jesús, su carácter comunitario. Jesús no recordó sin más el derecho de todos los hombres por ser hijos de Dios sino que ha puesto en la base de su predicación el amor y el reconocimiento de la fraternidad universal.

La Iglesia ha sido muchas veces infiel a su Maestro, pero felizmente está predestinada a ser la buena nueva para los pobres, para que los ciegos vean, los cojos anden y los pobres sean evangelizados, siguiendo la carta de san Juan: “También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos, pero si uno tiene de qué vivir y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios?”

Este pensamiento transformó al patricio veneciano Jerónimo Manni (1485-1537), de atractiva presencia, culto, manirroto, buen amante y valiente guerrero, quien tras defender hasta la extenuación la libertad de Venecia, dedicó su vida y su fortuna a cuidar y proteger a los huérfanos, uno de los grupos humanos más vulnerables y expuestos a todos los peligros, convencido de que la mejor manera de encontrar a Dios era buscándolo entre los desheredados. De él nació la congregación de los Somascos, que mantuvo su apostolado con numerosos centros de beneficencia. En el siglo XX, algunos misioneros, conscientes del cruel abandono de muchos niños en China, levantaron junto a sus capillas numerosos orfanatos. Hoy podríamos decir que las casas del Cottolengo o de don Orión y de tantas otras congregaciones religiosas o de otros grupos de personas buenas, constituyen la demostración de la existencia de muchas personas que ofrecen su vida para defender la vida de los más débiles.

Cuando se habla de caridad se tiene en cuenta fundamentalmente de carencias de cuerpo, mientras cuando se habla de función social se tiene en cuenta, también la enseñanza. Efectivamente, la preocupación por la enseñanza ha constituido una de las características fundamentales de la Iglesia. Desde las

escuelas de Orígenes o de san Hilario, desde la preocupación por la catequesis, hasta la enseñanza en los monasterios, catedrales y universidades, la enseñanza ha estado presente en la vida de la Iglesia. A partir del siglo XVI tanto por la crisis del protestantismo como por el humanismo y la burguesía dominante, la educación de los jóvenes pasa a primera línea. Los jesuitas, con su novedoso método de la “Ratio Studiorum” hasta san José de Calasanz, Juan de La Salle, Champagnat y tantos otros consideraron que enseñar al que no sabe y enseñar a los indigentes forma parte de la generosidad y el amor a los hermanos. Sin embargo, no debemos olvidar que, aunque la enseñanza de los pobres está en el origen de tantas iniciativas, las instituciones eclesiales se han dedicado principalmente a los niños de la burguesía, tal vez porque eran más influyentes en la sociedad o porque las limosnas no resultaban suficientes para mantener escuelas gratis. En el siglo XX, en el ámbito católico hemos mantenido una mayor sensibilidad en este tema.

4. Los signos de los tiempos

Permanecer atentos a los signos de los tiempos consiste en perseguir las huellas de la presencia de Dios en la historia humana y distinguirlas de la rutina preponderante. Consiste en individuar a los diez justos en medio de la masa inerte, porque son ellos los que atraen las bendiciones y la benevolencia de Dios. Aparentemente, la historia de la Iglesia, como la historia humana no entusiasmo ni resulta admirable o prometedora, sin embargo, apenas te ensimismas en el amor y la bondad presentes en tantos lugares y en tantos seres humanos humildes y sencillos, que pasan desapercibidos, puede resultarnos espontáneo proclamar el cántico de las criaturas franciscano y entusiasmarnos con tantos signos que nos señalan que el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones.

La revolución francesa pareció acabar con el catolicismo francés por su odio y la persecución desatada. Tras más de mil años de práctica religiosa creativa y enriquecedora, pareció que los demonios meridianos se apoderaban de la cultura y de la sociedad francesa, acabando con su tradicional organización social y cebándose en una religión que se confundía con la historia y la cultura del país.

Los decenios siguientes resultaron confusos, dolorosos y contradictorios. La persecución inconsiderada de los gobiernos liberales llevó a los católicos a no apreciar los valores nuevos y a no darse cuenta de las consecuencias sociales del nuevo sistema democrático, a no comprender que nada ni nadie sería capaz de conseguir que la situación anterior volviera a imponerse, mientras que el desdén anticlerical de la burguesía ilustrada favoreció su alianza con una aristocracia que había quedado descolgada de la nueva cultura. La mayor parte de las autoridades eclesiásticas, entrampadas en su deseo de no perder poder e influencia y equivocadas en su juicio de que los cambios a los que se enfrentaban eran fruto del pecado y de la maldad, no comprendieron la inevitabilidad del cambio social y cultural ni sus muchos aspectos positivos. El cardenal Consalvi, Rosmini, Lamennais, Ozanam o Balmes sí fueron conscientes pero no fueron tenidos en cuenta. Sin embargo, el Vaticano II fue capaz de ofrecer unas pautas de integración de los valores cristianos con la cultura moderna y enseñó a ser más sensibles a los signos sociales, culturales y religiosos de la nueva época.

Sí, no cabe duda de que buena parte de la Iglesia no comprendió en un primer tiempo el sentido y las características de la nueva época que estaba naciendo. Gran parte del desconocimiento y del alejamiento existente entre la Iglesia y los obreros se debió a la incapacidad de las viejas iglesias para adecuarse a las grandes ciudades, a los nuevos núcleos industriales y a la nueva clase social, que resultaba tan extraña a su práctica y a su experiencia. La reacción de la comunidad cristiana y de sus responsables fue, a menudo, muy crítica: para ellos la ciudad era el lugar en el que anidaba el mal, aniquilaba los valores de la cultura campesina, impedía el trabajo pastoral. La emigración era considerada como fuga del propio ambiente, con la consecuente pérdida de los propios puntos de referencia y con la consiguiente pérdida de la práctica religiosa y de la fe. La industria se convertía en este planteamiento, en una escuela de perdición. Los lugares de culto no bastaban, la experiencia de los párrocos rurales no servía para las nuevas condiciones propias de la industrialización y, en conclusión, las iglesias descuidaron a las nuevas comunidades y a la nueva clase social, que tenía otra mentalidad y vivía en condiciones diversas de las tradicionales.

Por estas y otras razones, no siempre achacables al clero, esa Iglesia despreciada por la burguesía industrial fue abandonada por los obreros, arrinconados en los suburbios y en las zonas más degradadas de las ciudades. La sensibilidad católica y la generosidad de las nuevas congregaciones religiosas se preocuparon, como comentaré, por los nuevos pobres y por las dolorosas lacras pro-

ducidas por la economía industrial: ancianos abandonados, enfermos sin seguridad y sin atención, niños sin enseñanza y trabajando desde la primera hora, prostitución. No faltó, ciertamente, la generosidad personal ni la caridad organizada, pero, probablemente, faltó la clarividencia necesaria para oponerse a la injusticia institucionalizada y defender condiciones de trabajo y de vida más acordes con la dignidad de los seres humanos.

¿Era función de la Iglesia? Era, sin duda, obligación de los laicos católicos más capaces y preparados. ¿La acusación de los movimientos obreros de que la Iglesia se encontraba aliada con los capitalistas era real? Seguramente no y, en muchos casos, era abiertamente injusta, pero no cabe duda de que muchos católicos no fueron capaces de comprender que la injusticia social, el egoísmo de la economía industrial y las condiciones de vida de una muchedumbre miserable no era compatible con las exigencias evangélicas. No resultaba suficiente el inmenso esfuerzo de caridad realizado por tantos católicos en una serie de obras e instituciones que abarcaron buena parte de las necesidades del momento. Hubiera sido necesario un llamamiento más temprano y muy exigente de las autoridades eclesiásticas sobre la injusticia de la situación. De hecho, no faltaron voces y propuestas en este sentido: Lamennais, el profeta atrevido y perspicaz, Newman y su red de escuelas primarias, origen de numerosas obras sociales; Manning, arzobispo de Westminster en Londres, admirado por su apoyo a las huelgas de los míticos muelles de la ciudad; Cardjdn y la JOC, Roviroa y la HOAC y tantos otros nombres e instituciones que se esforzaron por conseguir una sociedad más justa, pero no siempre resultó suficiente, y en la mente de muchos obreros quedó grabada la consideración de que habían sido abandonados por la Iglesia.

¿Por qué? Porque para muchos la caridad se reducía a generosidad asistencial y no a fraternidad, solidaridad y justicia distributiva, propia de quienes creían en la propiedad universal de los bienes.

La política colonial de algunos países europeos, organizada en la Conferencia de Berlín (1885), respondió a la necesidad de expansión de la economía de estos países y al retraso de algunos pueblos que difícilmente podían tratarse de igual a igual con los países más avanzados. Los cristianos encontraron una ocasión de evangelizar naciones muy cerradas y fueron capaces de organizar una presencia pluridisciplinar sorprendente: catecismo, hospitales, escuelas y universidades. Hoy vemos que la historia y las ataduras del pasado y su sentido

patriótico les impidió, a menudo, darse cuenta de que los tiempos eran otros y que no era justo apoderarse de las tierras sin tener en cuenta los derechos de sus poblaciones a mantener su personalidad y sus valores propios.

La presencia de las instituciones cristianas fue muy positiva en muchos sentidos, no solo para dar a conocer a Jesucristo sino, también, para educar y madurar a unas gentes con condiciones de vida endémicamente injustas y sin capacidad de evolucionar por su cuenta. Sin embargo, el pecado original de la colonización consistió en la prepotencia europea y en la rapiña de unos gobernantes que no respetaron los derechos de los nativos a sus tierras, a sus bienes, a su libertad y a su cultura, aunque no faltaron, ciertamente, voces que, muy tempranamente, exigieron otra manera de actuar. Recordemos cuanto sucedió en el llamado Congo Belga y en las plantaciones de caucho en el Amazonas peruano y brasileño. (Mario Vargas Llosa, “El sueño del celta”).

Las consecuencias de la revolución francesa y de la doctrina liberal imponente fueron ocasiones para que los cristianos comprendieran y aceptaran otra forma de vivir en la sociedad, el valor del pluralismo, de la libertad de prensa y de pensamiento. Fue la ocasión de que comprendieran que no existe caridad sin justicia, de que los dichos “fe del carbonero” y “doctores tiene la santa madre Iglesia que os sabrán responder” no solo resultan peligrosos sino que no concuerdan con el dicho de san Pedro: “dad razón de vuestra fe”. Ha constituido el gran reto a nuestra Iglesia y la exigencia de conformar una comunidad adulta, fraterna, solidaria. Ha resultado complicado aceptar la democracia, porque se ha buscado más un régimen que apoyara y protegiera a la Iglesia antes que un régimen de libertades y defensa de los derechos del ciudadano. El apoyo a Fernando VII frente a la constitución de 1812, a los dictadores Primo de Rivera, Musolini y a Petain, a Franco y a Salazar antes que regímenes democráticos nos ofrece una espléndida ocasión de reflexión: ¿se buscaba más el bien de la institución eclesiástica que el bien de los ciudadanos? Soy consciente de que no se puede ser simplista y conviene tener en cuenta todos los datos, pero difícilmente seremos evangélicos si no ponemos al hombre, a todo ser humano, en el centro de nuestros intereses y de nuestra reflexión.

Por otra parte, las ideologías del siglo XX respondieron a necesidades y situaciones del momento, pero algunas han generado dolor y muerte como en pocas otras situaciones de la historia de la humanidad: comunismos, nazismos, fascismos y otras manifestaciones autóctonas como Camboya. En realidad, se

puede responder de muchas maneras a los signos de los tiempos, y no siempre las respuestas corresponden adecuadamente a las necesidades reales de los pueblos. Los cristianos creen que el Evangelio ofrece pautas fundamentales para acertar y, aunque parezca a muchos que resulta un planteamiento simplista, no cabe duda de que el amor fraterno sigue siendo un punto de partida decisivo. Resulta siempre inaceptable intentar resolver los problemas a costa del dolor, la dignidad, la libertad y los derechos de los demás, y, en cualquier caso, los más pequeños e indefensos deben ser los primeros en ser tenidos en cuenta. En una palabra, la historia de los dos últimos siglos nos enseña que resulta inimaginable conocer y comprender los signos de los tiempos sin tener en cuenta la justicia y la solidaridad.

5. Congregaciones religiosas de los últimos siglos: respuesta a la miseria humana

La nacionalización de los bienes eclesiásticos impidió a la Iglesia proporcionar suficiente asistencia a las víctimas del cambio económico, al carecer de los recursos necesarios. En los siglos XIX y XX, tras la conmoción social y política creada por la revolución francesa y por la progresiva implantación de los sistemas políticos liberales en los diversos países occidentales, tras un cambio social espectacular a causa de la industrialización y los cambios mentales y sociales que se fueron imponiendo en Europa y América, nos encontramos con el fenómeno de la multiplicación de nuevas congregaciones religiosas, dispuestas a responder a los nuevos retos planteados por la revolución industrial, por la revolución social y por la revolución científico-técnica.

La sorprendente expansión industrial creó nuevas formas de pobreza y de marginación, tales como la mortalidad infantil, la deficiente organización higiénica de los nuevos barrios periféricos, la explotación de niños y mujeres sometidos a larguísimas jornadas de trabajo escasamente retribuido. Jaime Balmes afirmó que con el proceso de industrialización y el nacimiento del proletariado, los proletarios habían venido a sustituir a los antiguos esclavos, y esto le dio pie para comparar la nueva era de la industrialización con el feudalismo. Al mismo tiempo, dos oleadas de epidemia de cólera (1836 y 1854) y algunas persistentes plagas de viruela cogieron desprevenidos a los responsables políticos y constituyeron auténticos retos para los religiosos hospitalarios que, frecuentemente, encontramos en vanguardia.

Estas nuevas instituciones religiosas que se multiplican en pueblos y ciudades, conciben la vida religiosa como un servicio directo a las necesidades de los seres humanos, a través de su presencia y acción caritativa en medio de la sociedad. Se dedicaron a los niños y a los ancianos, los dos grupos sociales secularmente más expuestos y más débiles, a los enfermos, de modo especial a los dementes, y a los abandonados, en un momento poco propicio a la solidaridad. Muchas de estas congregaciones nacieron para impartir enseñanza y otras tuvieron como fin el establecerse en las misiones africanas.

Las jóvenes constituyeron un motivo de grave preocupación en esta Europa occidental, se encontraban totalmente desprotegidas y, a menudo, se veían abocadas a la prostitución. Numerosas congregaciones establecieron talleres de costura, abrieron residencias, escuelas hogares artesanales les reunían los domingos, les enseñaron artes y oficios, primeras letras y labores de casa, con el fin de que fueran autónomas. Las Adoratrices y alguna otra congregación centraron su preocupación y dedicación en las mismas prostitutas que, a menudo eran verdaderas esclavas del sistema.

Digno de tenerse en cuenta fue la preponderancia de los institutos femeninos, expresión de la presencia de la mujer en la sociedad (Claude Langlois, *Le Catholicisme au féminin*". Cerf. París 1984). No hubo campo que se cerrara a su presencia caritativa: jardines de infancia, dispensarios, refugios, asilos y guarderías para los hijos de los obreros, asistencia domiciliaria a los enfermos más abandonados y hospitales creados por municipios, provincias o estados. Tanto en Francia como en Italia se fundaron más de cuatrocientas congregaciones religiosas y 150 en España. Resulta impresionante constatar la existencia de más de mil nuevas congregaciones femeninas surgidas en Europa ocupando espacios de asistencia en la mayor parte de pueblos y ciudades del occidente europeo.

¿Cuál fue la causa de este fenómeno extraordinario? Aparte naturalmente de la vocación, consecuencia del fuerte sentimiento religioso, no pocos autores indican que estas congregaciones, con fines tan plurales y necesarios en aquella sociedad, constituían un reclamo para las mujeres de acción. Les ofrecían puestos de responsabilidad en los que podían ejercer su capacidad de iniciativa y de espíritu empresarial: fundadoras, superiores generales, provinciales, responsables de grandes casas, hermanas enviadas al extranjero para implantar allí su congregación. Eran necesarias mujeres con iniciativa para gestionar empresas caritativas o educativas que habitualmente agrupaban a más de cua-

trocientas personas. Estas congregaciones necesitaban, también, “cuadros medios”, para dirigir las casas, mujeres con competencias profesionales y otras disponibles para todos los trabajos. Es decir, en el siglo XIX las congregaciones son las únicas capaces de proporcionar, en el mercado del trabajo, empleos femeninos y tan variados empleos que exigen, a menudo, un fuerte nivel de responsabilidad.

Se trató de una caridad muy entrelazada con un profundo sentido de Iglesia, muy sensibilizado por la conciencia de que los nuevos gobiernos y el mundo cultural dominante la marginaban, poniendo toda clase de trabas a su presencia evangelizadora. Esta Iglesia suscita en ellos las nuevas congregaciones una adhesión y un servicio incondicional, y su dedicación generosa a las enfermedades y lacras humanas les llevaba no solo a gastarse en el servicio a los más necesitados sino, también, a esforzarse por conseguir que la Iglesia fuese aceptada por las nuevas clases sociales.

Según fue pasando el siglo XIX aumentaron las congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza, y se estancaron o disminuyeron las relacionadas con la sanidad, de forma que en Francia, en 1861, los hospitales, refugios y otras obras de carácter sanitario o social ocupaban solamente el 15% de las religiosas activas, mientras que la enseñanza primaria o profesional ocupaba el 67%, aunque en España la dedicación a los hospitales fue bastante más elevada. Este reparto desigual se debió, fundamentalmente, al interés de la Iglesia por contrarrestar los influjos ilustrados y anticlericales del pensamiento dominante en la cultura del momento. Interés que llevó, en algunos casos, a privilegiar en su dedicación a las clases dominantes. Desde un punto de vista estratégico parecen razonables las razones de la elección, aunque no parece que el sentido evangélico coincidiese siempre con esa elección.

De hecho, esta acción caritativa de las nuevas congregaciones, en todas sus formas, se desarrolló en un espacio desigualmente conseguido entre la antigua mentalidad asistencial y la nueva conciencia social, entre las urgencias objetivas de los más pobres y la necesidad de la Iglesia de encontrar una ubicación conveniente y reconocida en la nueva sociedad. Hay que tener en cuenta que la Iglesia, instalada en una sociedad eminentemente rural, quedó desbordada con su transformación urbana, industrial y burguesa. Los nuevos religiosos fueron respondiendo a las carencias, pero las parroquias y el clero diocesano se mantuvieron en gran parte estancados en su situación anterior. Solo lentamente

comenzaron a construirse las parroquias periféricas, las que atendían a los obreros, a los nuevos pobres. ¿Faltó heroísmo para sacar las consecuencias de cuanto estaba pasando o, más bien, abundó la incapacidad de darse cuenta de que resultaba imprescindible cambiar radicalmente el modelo de organización social? ¿Era realista pensar en este cambio, era posible modificar la mentalidad de quienes habían sufrido la persecución y la marginación por parte de las revoluciones burguesas anteriores?

Esta actuación creativa y generosa, ¿constituyó una respuesta suficiente a las situaciones y a las estructuras injustas? Fue una respuesta bastante eficaz a algunos males causados por la falta de leyes sociales de un capitalismo ávido de beneficios, pero no pretendió cambiar estructuras. Recordemos, como simple ejemplo, los Círculos del P. Vicent: no abrieron ninguna puerta a ninguna suerte de sindicalismo obrero. No hicieron, por tanto, ninguna especie de “movimiento obrero”. Se redujeron a aunar la tradición piadosa de las antiguas cofradías, la obra educativa de las “Escuelas Dominicales” y sus derivados, y la labor económica de las sociedades de socorros mutuos, aderezado todo ello con el recreo que los Círculos tenían como misión primera.

No creo que se pudiera exigir al clero y a las religiosas en aquellos días su contribución a un cambio de la organización política y social, aunque sí resulta desconcertante la pasividad de tantos laicos sinceramente cristianos y con puestos importantes en la política y en la organización social.

Algunos decenios más tarde, tanto en los seminarios como en los presbiterios se habló de sepultarse en la masa. El ideal al que se aspiraba fue el de integrarse en la humanidad sufriente. ¿Con el riesgo de perderse, como acusaron no pocos? En cualquier caso con el riesgo de ser fieles a Cristo y a sus hermanos. Vivían con la esperanza de encarnarse y ser como ellos. Muchos sacerdotes abandonaron la casa parroquial para vivir en los barrios más desfavorecidos, para compartir la vida de sus hermanos. Quisieron vivir su sacerdocio en el corazón mismo de la Iglesia de los pobres. Pero entre esta situación y la otra mediaron dos guerras mundiales y la ideología marxista.

No podemos olvidar tampoco a los muchos laicos que con sus estudios, sus propuestas de leyes, las experiencias de sus fábricas, propusieron unas leyes más justas de trabajo y de seguridad social. A partir, al menos de Lamennais, en los países europeos, muchos laicos plantearon la necesidad de elaborar una reflexión profunda que desembocase en una doctrina social que en la universi-

dad católica de Friburgo, en centros de estudios de Milán, en Lille y en otros lugares fue adquiriendo solidez y propuestas interesantes, que, de alguna manera, comenzó a plasmarse en documentos como la encíclica “*Rerum novarum*” de León XIII.

Ha sido necesario el Vaticano II para una auténtica conversión de los corazones, no en el sentido de mayor generosidad sino de comprensión de la necesidad de convivir e instalarse entre los más pobres y de comprender el voto de pobreza como la capacidad de compartir la vida de los pobres, de los necesitados y marginados. Helder Cámara y Pedro Casaldáliga, obispos en Brasil, y tantos otros sacerdotes, religiosos, obispos y laicos, se han convertido en portavoces de los derechos de quienes menos tienen en los diversos países (Soeur Emmanuelle, “*Confessions d’une religieuse*”. Flammarion. París 2008.

En realidad, podemos señalar tantos ejemplos de personas que nos llaman la atención y nos invitan a seguir su ejemplo, como sor Ángela de la Cruz, Teresa de Calcuta o los mártires de la caridad en África o América, pero en realidad, Dios no necesita de los ejemplares extraordinarios. “*Ubi charitas Deus ibi est*”. Allí donde hay amor, generosidad, solidaridad, entrega, allí está Dios presente, porque todo amor hace presente a Dios. Está presente en la soledad, en la oscuridad, en tantos millones de personas sin nombre que aman a sus hijos y a su prójimo; en las religiosas adoratrices, fundadas para ayudar y acompañar a quienes la necesidad ha obligado a prostituirse, a las hermanitas de los ancianos desamparados, a tantos hijos que se han convertido en la protección y la compañía de sus padres enfermos... De una manera oscura, pero maravillosa, a lo largo de los siglos, los cristianos, ignorantes y analfabetos, se han sentido amados por Dios y le han amado. Y han sido conscientes de que ese amor les llevaba a preocuparse por sus hermanos.

Francisco de Asís es el santo más espontáneamente admirado, querido y seguido por los cristianos a lo largo de los siglos. Su sentido de la pobreza se confunde con su sentido de identificación con los más pobres y abandonados. En la película “*Fratello sole, sorella luna*” de Zefirelli descubrimos estéticamente que para comprender a Francisco (para comprender a Cristo) hay que permanecer libres de las ataduras terrenas. Hoy, a menudo, se quiere compatibilizar el fuego con el agua, pero la tradición espiritual cristiana nos dice que si Dios “se despojó de su rango” para salvar al hombre, nosotros, como Francisco, debemos despojarnos de nosotros mismos para llegar a Dios y a nuestros hermanos.